

por la Filosofía, produjeron fermentaciones odiosas que engendraron el reinado del terror. El pueblo ignorante, no entendiendo los fines generosos de los prominentes hombres de la revolución, los confundía con sus antiguos tiranos, y los sacrificaba en aras de su estupidez.

Aprovechemos, pues, esas enseñanzas; que la Historia no sea vista como un elemento de recreación y sí como poderosa fuente de experiencia.

“Que la luz del nuevo día no nos encuentre de espaldas, contemplando la puesta del sol.”

### CARTA TERCERA.

#### A LOS HOMBRES PUBLICOS DE ESPIRITU PROGRESISTA.

Aquella Asamblea, al mismo tiempo que creaba la revolución, producía la civilización. Horno, pero fragua. En aquella cuba en donde hervía el terror, el progreso fermentaba. De aquel caos de sombra y de aquella fuga tumultuosa de nubes, salían inmensos rayos de luz, paralelos de las leyes eternas. Rayos que quedaron en el horizonte, visibles eternamente en el cielo de los pueblos, y que son: uno la justicia, otro la tolerancia, otro la bondad, otro la razón, otro la verdad, otro el amor. La Convención promulgaba este gran axioma: *La libertad del ciudadano acaba donde la libertad de otro ciudadano comienza*, lo que resume en dos renglones toda la sociabilidad humana.

(VICTOR HUGO.—“Noventa y Tres.”)

La revolución francesa es una de esas grandes inundaciones de ideas que devastan la tierra con sus corrientes, pero que también la fecundan con su humedad. Los que sufrieron su primer impulso, se ahogaron en las corrientes; pero luego, los que heredaron aquella edad creadora, tendrán que bendecirla eternamente.

(CASTELAR.—*Prólogo d'la Historia de la Revolución Francesa*, por THIERS).

¿Por qué esos vanos temores que nos impiden contemplar la luz de lleno? ¿Por qué ese extravío de la razón, suponiendo que la luz es la que engendra la catástrofe, cuando ésta solo es achaque de las tinieblas?

La verdad es luz, es perfección: jamás la perfección y la luz pueden engendrar males. El murciélago y la lechuza, hijos de las tinieblas, huyen de la luz; les des-

lumbra, y por eso con relación á su aparato visual buscan el medio apropiado á su naturaleza. De ahí que encuentran albergue en las concavidades oscuras del vetusto templo y del ruinoso edificio.

En cambio el águila, símbolo de poder y de enérgica virilidad, eleva su vuelo hasta la región etérea, mira al sol sin deslumbrarse y busca la enhiesta roca para hacer allí su nido.

Así igualmente el hombre, en sus diferentes grados de progreso adquirido, ó es murciélago á quien la luz deslumbra y aterrorizado huye á ocultarse en sombrío monasterio, ó es águila que arrogante se lanza á las regiones de la luz.

¿Será lógico que ésta deje de irradiar y que las tinieblas se hagan, para que el águila muera y el murciélago viva?

¡No; mil veces no!

En tanto que el espíritu libre se lance á las regiones de la luz, que el espíritu esclavo avece su vista á la contemplación del radiante sol de verdad. Si en el momento de transición da traspies y caídas dolorosas ¡qué importa! así es como el niño conquista la propiedad de mantenerse firme en posición vertical y comienza á afirmar sus pasos.

¿Qué transición de aquellas que marcan cada uno de los avances de la humanidad, en la vía del progreso, no ha arrancado dolores y martirios cruentos? ¿En qué revolución transformadora de las ideas no se ha aclamado ¡anatema! y no se ha creído que al desplomarse el vetusto edificio de una sociedad antigua, todos sucumbirían en universal catástrofe?

El número de los espíritus prepotentes que anhelan la mudanza, que se asfixian en un medio refractario á su naturaleza y que siempre miran adelante, es muy reducido. En cambio, los que egoístas y perezosos viven tranquilos en el fango del error, los cuales representan la mayoría, en su supino atraso no sienten ni comprenden la necesidad del progreso, y por lo mismo, en su lánguida y estúpida pereza se irritan contra los innovadores que los obligan á dejar su enervante letargo. No los comprenden y los tachan de impíos, de locos y de visionarios; no los aman, no los pueden amar y por eso los persiguen, los maldicen y los escarnecen. De ahí que se establece una lucha descomunal y terrible: por una parte está el monstruo de la imperfección, bestia gigantesca, encarnación formidable de la fuerza bruta; por otra está el espíritu al lado de la nueva idea, endeble en su encarnación, pero titán por sus energías intelectuales y afectivas; éste no tiene la fuerza bestial del monstruo que con su pesada masa aplasta lo que toca, estremeciendo la tierra á su paso; pero en cambio lleva una energía invisible, y cual la electricidad penetra á la inmensa masa metálica y la funde y hace dúctil, así el espíritu de la nueva idea induce corrientes invisibles de energía intelectual y afectiva en el cuerpo del monstruo; lo galvaniza, lo hace retorcer con sacudimientos terribles, pero al fin lo sugestiona y lo doma, instruyéndolo y perfeccionándolo.

Luego que una nueva idea va tomando asiento en la conciencia pública, se va proveyendo á la satisfacción de las nuevas necesidades que consigo trae la reforma intelectual y moral de la humana sociedad.

En los momentos de iniciativa, cuando las ideas innovadoras no han entrado aún al dominio de la generalidad, los amantes del *statu quo*, los egoístas que quisieran se hiciera el progreso sin sacrificar nada, sin despertar de su pereza y sin dejar sus bienes y comodidades de transitoria y efímera existencia, claman diciendo: ¿Cómo se proveerá á las exigencias de la legislación, cuando á la legislación actual se le conmueve? ¿Cómo se satisfarán las exigencias del ideal cuando á éste también se le conmueve? ¿Cómo se satisfarán las exigencias de la emulación para la práctica del bien, si á la emulación actual se le destruye? ¿Cómo se refrenará la pasión, si se rompe el freno del terror? ¿Cómo, en fin, se proveerá á todas las exigencias demandadas por el espíritu individual y colectivo, las cuales ya están provistas por el régimen actual?

En oposición á estas declamaciones, yo diré: Esas provisiones de un régimen actual, ¿han existido acaso desde la aparición de la familia humana, ó al menos han surgido de improviso ya consolidadas y ya formando un código complejo y armónico de régimen social, en cada nueva era? ¿Verdad que no? ¿Verdad que toda la complejidad armónica de un régimen social, en cada una de las grandes eras del perfeccionamiento humano ha sido efecto de la labor lenta y progresiva de la experiencia adquirida en la vía práctica, la cual va aconsejando la manera de proveer cada una de las nuevas necesidades sentidas?

A su caída el antiguo paganismo, protestaba contra el cristianismo, y todo porque aquellos últimos representantes de las creencias politeístas, no comprendien-

do la esencia perfeccionadora que el cristianismo condensaba, con relación al momento histórico en el cual aparecía, mucho menos podían comprender cuál sería la complejidad de los elementos que surgirían para proveer á las nuevas necesidades, engendradas por la fundamental reforma.

Sin embargo, el cristianismo se implantó, con sus perfecciones é imperfecciones relativas á los grados de desarrollo que hasta aquel momento había adquirido la humanidad terrestre. Con sus nobles tendencias hacia realizar la unidad humana á efecto de la confraternidad, que hace iguales á todos los hombres; y con sus perniciosos principios de mística contemplación celestial, que aconsejaban el desprecio hacia la vida terrenal. Descomunal absurdo, pero natural consecuencia, hija del desconocimiento en que los moralistas cristianos se hallaban, al fundar sus doctrinas, de los preciosísimos elementos que la ciencia había de acumular en el período de diez y nueve siglos. No pudieron advertir la evolución perfeccionadora que se efectuaba en el Universo, y por lo tanto, sumergidos en las contemplaciones de fantasmagorías divinas, desatendiendo sus positivos intereses, cuales son los que atañen á nuestro propio desarrollo intelectual y afectivo, no pudieron comprender cuál es el valor inmenso que la vida práctica ofrece para desarrollar, perfeccionar y consolidar nuestra humanización; conquistando en nuestra lucha grados poderosos de adelantamiento para salir de la animalidad y erigirnos con toda integridad seres humanos, elementos de amor y de sabiduría que habrán de conquistar la perfección absoluta de sus atributos, tipos acaba-

dos que, al realizar *íntegra constitución espiritual*, serán miembros de la universal familia humana, que tendrán por dominio el infinito.

Pues bien, como decía, el cristianismo se implantó sobre la dualidad de esas bases de perfección y de imperfección.

Cuanto el sentimiento generoso del moralista había realizado en aquella época, tanto así se condensó en las doctrinas cristianas, bajo el simbolismo de Dios; quiere decir: la síntesis abstracta de la perfección adquirida. Y cuanto de imperfecto y primitivo se encontraba, se simbolizó con el Diablo; es decir: la síntesis abstracta de la imperfección existente. Mas estos simbolismos indudablemente no fueron concebidos como tales, pues esto hubiera presupuesto una conciencia altamente ilustrada, un conocimiento avanzadísimo de las evoluciones naturales, un perfecto conocimiento de la ley del progreso; por lo tanto, en esas concepciones de mitos simbólicos, Dios y el Diablo, hay que ver cómo la vaga y confusa intuición de los moralistas cristianos, fluctuaba entre la realidad de lo *simbolizado*, y el sentimiento de espanto, de admiración y de beatitud que en ellos engendrara la contemplación de un mundo que la mente veía azorada y confusa: no tenían la clave de la evolución,—pero qué digo, si ni aún el sistema verdadero de nuestro mundo planetario conocían — por lo tanto, supusieron una creación instantánea, y como esto implicaba un hecho maravilloso, había que suponer una causa de igual naturaleza; de ahí que, lo que únicamente se puede admitir como un símbolo, los pensadores cristianos lo creyeron real, siguiendo en ello

la tradicional tendencia mística de origen salvaje.

Sobre las bases, pues, de esos dos mitos: Dios y el Diablo, y en esencia: perfección é imperfección, se abrió la era que alcanza hasta nuestros días. Dualidad de principios resultante naturalísima de una creación que no viene del seno de la perfección absoluta,—lo cual excluiría todo signo de imperfección—y si del seno de la absoluta simplicidad; de esta dualidad de principios, perfección é imperfección, se derivan las nefandas luchas que en todos tiempos y en diversas eras el espítu humano viene sosteniendo para conquistar su perfeccionamiento. Las religiones han sido á manera de retortas incandescentes en las cuales los elementos del bien y del mal producen en ebullición constante, reacciones en las que el elemento *bien* tiende á sublimar, para asimilársele, al elemento *mal*, que indúctil y rebelde produce fermentaciones pútridas, fenomenales y terribles resistencias. Estas reacciones y fermentaciones de antagónicos elementos, que ofrecen los diversos grados de progreso intelectual y afectivo alcanzados por el espíritu humano,—según que éste se halle más ó menos distante de la época en que saliendo de la animalidad entrara á la jerarquía humana, comenzando su humanización por las más primitivas razas,—esas reacciones y fermentaciones, digo, son las que en el mundo pagano produjeron los odios y rencores en contra de tantos generosos griegos que con noble afán deseaban el reinado del amor y de la sabiduría; son las que al aparecer el cristianismo, impulsaban el odio hacia los que propalaban una doctrina de amor, llevándolos á ser pasto de las voraces fieras del Circo; son las

que en la Edad Media impulsaban á torpes Calíguas, Cómodos y Nerones, (\*)—que á efecto de la reencarnación se habían tornado *católicos*, mas no cristianos, —á perpetrar fieras y sangrientas *matanzas de herejes por mayor* y más tarde atizar las hogueras del *Santo Oficio*.

En la actualidad esas nefandas ebulliciones son las que engendran el odio de los sectarios de las diversas religiones, en contra de la Filosofía que infatigable lucha para establecer las bases de las creencias, que apoyadas en la razón y la ciencia, puedan llegar al establecimiento de doctrinas fundamentales cuyo carácter universal se ofrezca favorable para reunir en comunión grandiosa á toda la familia humana.

Y cuando vemos que la labor filosófica día á día realiza en el terreno práctico grandes bienes en toda la complejidad de la humana vida, y cuando nos advertimos que día á día, no obstante las efímeras reacciones que la religión alcanza, ésta es atacada en su fondo, en la esencia de sus dogmas principales, los cuales quedan destruidos, aniquilados, ante la ciencia moderna; cuando todo esto vemos, se puede augurar el no lejano imperio de la Filosofía sobre las cándidas y niñas religiones; al menos, aquella tomará asiento entre el grupo

(\*) Por un agente de comunicación, que tiene bien comprobada su facultad, hemos sabido que el espíritu que encarnó como Catalina de Médicis, fué el mismo Nerón.

En esas comunicaciones hemos estudiado riquísimos detalles, que hacen resaltar la lógica irresistible de la reencarnación, y, cosa singular que manifiesta claramente cómo el sentimiento de lo divino está en razón directa con la torpeza y depravación del espíritu. En la actualidad ese ser que en sus dos existencias referidas, se ofreció ante la humanidad como un monstruo, no puede dejar aún sus creencias sobrenaturales; á diferencia de otros espíritus prepotentes que, como Darwin, Ocampo, Morelos, Juana Inés y otros varios por el estilo, nos han dado sus felicitaciones por las doctrinas del Perfeccionismo.

de la humanidad adulta, llegada al grado de progreso necesario para sentir y obrar el bien por amor á las bellezas que en sí producen las virtudes, y no á efecto de *divinos espantajos*, para reprimir los impulsos de animalidad primera.

Cuando este término llegue, ¿cuáles serán las bases de la legislación, cuáles las de la familia, cuáles las del ideal?

Serán las que las nuevas necesidades demanden y á las cuales proveerá la experiencia; antes de que se tenga adquirida ésta, no se pueden circunscribir detalladamente, pero en lo general, atendiendo á la ley del progreso, que nos guía siempre hacia la perfección, diremos, que esas bases, no serán las de la mogigatería, no serán las de la abyección terrorífica, no serán las del monstruoso absurdo, ni las de las quimeras divinas, y sí serán las de la realidad, las de la verdad, las del amor y las de la sabiduría.

¡Hágase, pues, la luz sin dudas y sin vacilaciones: que no quede una sola concavidad donde pueda anidar el murciélago de sotana, esa "*bestia negra*" de siniestra y tétrica catadura, encarnación pavorosa de las tinieblas hijas del caos primitivo!

Si al demoler el vetusto edificio la luz invade desalojando las tinieblas y causando la muerte de los azorados murciélagos, que deslumbrados y ciegos caen sepultados en el cieno del pantano, ¡no importa! Sus convulsiones de ira, de impotencia y de muerte, les hará mirar la luz cara á cara, y, de las cenizas del murciélago, renacerán águilas audaces, que se lanzarán con noble arrogancia hasta las regiones de la luz.

Quando el dogma del infierno tenía asiento en la tímida y aterrorizada conciencia, cabían temores y vacilación, porque todo se veía bajo el prisma de un mal irremediable, fatalmente perenne en el abismo eterno; pero hoy que ese cándido dogma solo tiene asiento entre los malvados de espíritu niño; hoy que la ley del progreso, solo oculta para los que están ciegos del alma, augura un porvenir grandioso para todas las criaturas; hoy que la ley de reencarnación nos ofrece la lógica irresistible de nuestras titánicas y dolorosas luchas para adquirir amor y sabiduría — preciosos hilos de luz que nos habrán de conducir á las regiones de soberana perfección — hoy que todo esto vemos, la muerte no debe infundir temor; quien perezca en la noble lucha por la perfección, ó bien víctima de su torpe error, renacerá con nuevos y mayores grados de viril energía intelectual y afectiva, hasta llegar á ser atleta infatigable del progreso, águila arrogante que mirará el foco radiante de verdad sublime, sin ofuscarse.

## CARTA CUARTA

### A LOS HOMBRES PUBLICOS DE ESPIRITU PROGRESISTA.

¿Hice algún beneficio á la sociedad? pues ya con eso estoy premiado. Procura siempre tener á mano esta consideración, y no dejes jamás de ejercitarte en ella.

(MARCO AURELIO. "Los Doce Libros.")

El Estado que escoge al acaso sus guías, es como el barco cuyo timón se entrega á aquel de los pasajeros que designa la suerte, cuya pérdida no se hace esperar .....

Quando, merced á este error del vulgo, el poderío ha usurpado en el Estado las preeminencias de la virtud, esta falsa aristocracia procura sostenerse en el poder, tanto más cuanto es de él menos digna; porque las riquezas, la autoridad, el nombre ilustre, sin la sabiduría y prudente conducta para mandar á los demás, ofrecen solo la imagen de un insolente y vergonzoso despotismo; nada hay más repugnante que el aspecto de una ciudad gobernada por aquellos que, por ser opulentos, se juzgan los mejores. Por el contrario, qué puede haber más hermoso y precioso que la virtud gobernando á la República?

(CICERON. "La República.")

Confusa y azorada la razón de los hombres del pasado, careciendo de los elementos necesarios para analizar los hechos del mundo que les rodeaba, con el ánimo ilustrado y sereno de quien hoy puede examinarlos bajo su natural aspecto, referíanlos á causas misteriosas, sobrenaturales y divinas. Achaque de esa confusión de ideas y de ese prejuicio fundamental relativo al